

# Soberanía del dolor

Bien ha dicho Donoso Cortés «*que el dolor es insuperable de la vida en este valle oscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos y humedecido con nuestras lágrimas*».

Triste fruto de nuestra defecación paradisiaca, que selló con sello de maldiciones nuestra alma, que hirió con puñal de desgracias nuestro porvenir venturoso, no porque el Salvador haya restañado con el soplo de su gracia esa herida, y haya borrado con su divina sangre ese sello de infamia, perdió el color nada de su influencia molesta; influencia tan omnimoda, tan universal, que ni un solo hombre ha logrado precaverse eficazmente en contra suya. Y sin embargo de ser fruto de la maldita culpa de origen, podemos exclamar con un poeta:

**El dolor no es un mal, es el cauterio  
Que a nuestra corrupción el Cielo aplica**

Jesucristo, al cargar como víctima con el peso de nuestras culpas, quiso tomar sobre sí la realidad del dolor; y el mundo, llamado con razón valle de lágrimas, regado de continuo con esta *sangre del alma*, que aunque se exterioriza por los ojos brota del corazón a los golpes rudos del dolor, pudo desde entonces ver con asombro que

**... el Rey universal de lo creado  
es el doliente rey de la desgracia.**

Su vida, en efecto, es una vida sombreada toda ella por el dolor; es una tragedia de luto que se inicia con sollozos entre el heno de un pesebre, y se consuma con sangre sobre el lecho de una cruz: ¡Tremendo cauterio aplicado por la Justicia Divina al inocente Cordero que generosamente se ofreció a sacrificarse por nuestras culpas!

Murió Jesucristo, víctima la más sañudamente hostigada por el dolor, venciendo al dolor, su verdugo, y constituyéndose en Rey del dolor. Y desde entonces el dolor por El santificado, por El hecho fecundo, florece en torno a su cruz bendita y embalsama el ambiente con célicos aromas de resignación cristiana.

A partir de aquel día inolvidable en que Jesucristo se abrazó al dolor en la cuna, con justicia pudo contar el poeta,

**el dolor debe estar en los altares.**

Y es que Jesús, que tuvo a gala hacerse la primera y más augusta de sus víctimas, parece reservar igual suerte como la más envidiable, como la más fructuosa, a sus predilectas criaturas, convirtiendo así el dolor en escuela de santidad. ¿Por qué la Iglesia es perseguida, y odiada? ¿Por qué los justos son objeto de mofa, de vilipendio y escarnio? Sin duda por que Jesús quiere que como amigos se le asemejen en todo, que sigan sus huellas de sangre, que marchen como El por el camino del Calvario hacia el Tabor de la gloria; ya que, según sus palabras «*no ha de ser el discípulo de mejor condición que el Maestro, ni el siervo de su Señor*». Así, pues, el dolor es emblema de predilección, es signo de preferencia, es el resorte que más nos aparta de las locuras del mundo, que más nos acerca a Dios; mejor todavía, es la piedra de toque, es el crisol donde Dios purifica y robustece a sus grandes siervos ....

María, la más grande de las puras criaturas, la que más cerca está de Jesucristo, ¿no es también la que más se acercó a El por el dolor? No creáis que Jesucristo no amó a su Madre porque no la eximió de la ley del dolor, precisamente porque la amaba quiso que se le pareciese más que ningún otro, y le dió parte en sus sufrimientos acerbos, haciéndola pasar una vida toda ella de amarguras. Y María—no hay para que decirlo—hizose con sus sufrimientos digna Madre del Rey del dolor. El poeta la contempla en el periodo más agudo de sus terribles angustias y exclama:

**¡Ah! tu eres el dolor volando al cielo,  
bajel que boga en tormentosos mares;  
tu sabes de la vida el desconsuelo,  
tú sabes, Madre, lo que son pesares....**

Y es verdad. ¿No ha de saberlo si desde la cuna de Belén hasta el patíbulo del Gólgota manó su pecho inocentísimo hieles casi continuas de angustias las más amargas, soportando con invicta constancia los dolores mismos de su Hijo divino, ésto si se quiere con mayor fuerza en cierto sentido, por agrandárselos y hacerlos revivir un día y otro día en el corazón la intensidad de su maternal cariño? ¡Ah! Virgen dolorosísima! bien podemos repetir cuantos aspiramos a seguir tus huellas, que ¡tu fuiste del dolor símbolo santo!

Este santo símbolo del dolor lo encierra en sus escarpadas cimas el Gólgota sombrío. Allí, sobre una cruz, muere como un vil facineroso el Santo de los Santos; muere heroicamente por el pueblo mismo que lo crucifica. Al pie del leño infame, ahogando sus suspiros, vertiendo silenciosas lágrimas, contando con sus miradas los latidos apagados de la vida del Hijo adorable, que va extinguiéndose por momentos, está María su propia Madre. Buscad un cuadro más triste, más lúgubre en la historia; no es posible hallarlo. María sufre, sufre horriblemente, sufre como jamás ha sufrido nadie en la Tierra; pero sufre con resignación heroica, sufre sin perder la serenidad inalterable de su espíritu sufre ofreciendo al Eterno Padre sus dolores y los del Hijo moribundo por la salvación de los propios verdugos. ¿Dónde encontrar un símbolo santo del dolor, más propio, más expresivo, más elocuente?

Tengamos a la vista este símbolo nosotros, que también somos esclavos del dolor. No está el mérito en sufrir sino en santificar y hacer fecundo nuestros sufrimientos. Jesús y María, coronando las alturas del Gólgota, nos impondrán en esta ciencia divino si nosotros nos esforzamos por que la falta de resignación no esterilice el fruto de nuestros dolores.

**Y tú, oh Virgen, oh Reina del dolor  
...no te olvides del que gime triste  
en este valle donde tu gemiste.**